

HECHURA Y FORMACION DEL HISTORIADOR

Heriberto Moreno García

Gozan los clásicos de tal venerabilidad que, casi sin resistencia, acudimos a ellos para fundamentar un razonamiento o introducir una exposición. Apenas traté de componer esta ponencia, inusual entre todos mis trabajos anteriores, de inmediato recordé los primeros versos de la Eneida con que Virgilio, quien antes sólo acompañara con gracil flauta los poemas campiranos, se dispuso a celebrar las hazañas guerreras de aquel varón piadoso, Eneas, fundador de la progeie latina.

Pero la comparación en que me situaba la memoria no era sino la manifestación de mi apuro. Salir de la historia agraria, cuyo entramado *quondam gracili modulatus avena*, para tratar sobre las *arma virumque* de la historia, sobre el historiador y su armazón y forniture; es decir, sobre la hechura y formación del historiador.

No acababa de tender la comparación, cuando comprendí que a tal grado me habría de haber contagiado la ridiculez de la manía abderitana, que también, casi sin resistencia, había aceptado incursionar en tema tan extraño para mí, frente a tantos historiadores consagrados por el tiempo y por las obras que han invertido en esa materia. Pero con el compromiso auestas, de poco me sirvió verme así, si no para curarme de la calentura tragicómica de Abdera y olvidarme de Virgilio, poniéndome a buscar cualquier cosa que

tuviera qué ver con la materia, sin mayor distinción entre un Luciano de Samosata o un Lucien Febvre.

Tampoco puedo ocultar que conforme fue acercándose la fecha del simposio y conforme oía que los organizadores y participantes iban intensificando sus trabajos, no me quedó otro remedio que, como al cínico, ceñirme el manto a la cintura y hacer rodar mi tinaja desde la cumbre hasta el pie de la colina, sin desconocer el peligro que tiene el echar a rodar sobre las piedras cosas quebradizas, que habrá que recoger en añicos tras el primer choque con el más pequeño guijarro. Sin contar para nada con la capacidad del de Samosata como para poderme librar “del humo y de las olas”, ni con su autoridad para hacer advertencias y dar consejos a los autores de historias y formadores de historiadores,¹ con más osadía que méritos, no hallé más salida que presentar ante esta asamblea una sarta de reflexiones sobre ideas ajenas que sólo recabé y ordené para desarrollar el tema de la hechura y formación del historiador, dentro del ámbito de la docencia y la investigación, obviamente institucionales.

Con el término hechura quiero referirme a la constitución del historiador, como si tratara de su naturaleza, de su estructuración, de su configuración humanas e intelectuales. Si se me permitiera decir, de cómo debe estar hecho. En cambio, con el término formación me referiré a cuestiones más académicas y escolares.

En el tema de la hechura y formación del historiador están implicadas las cuestiones de la transmisión de experiencias, conocimientos y actitudes dentro del campo de la enseñanza pedagógica, y de las relaciones entre profesor y alumno y, a veces, entre maestro y discípulo. Esas sólo cuestiones darían mucho sobre que reflexionar y discurrir; pero, en realidad, su ámbito sería el de las mesas redondas o simposios de portada educativa. En cambio, en éste de enfoque historiográfico, el tema de la hechura y formación del historiador se ha de ver relacionado con el trascendental problema de la reinterpretación de la historia. Aun más, la tarea de hacer y formar un historiador es un corolarlo de la necesidad de revisar, de reinterpretar la

1. Samosata, Luciano de. “¿Cómo ha de escribirse la historia?”, en: *Obras Completas* Biblioteca Clásica. Tomo CXXVIII, Madrid. Librería de la viuda de Hernando y Cia., 1889. T. II, c. XXXV, pp. 209-210.

historia. Se puede decir: “Porque hay que revisar, reinterpretar la historia, vale la pena formar nuevos historiadores”. (Sólo la historia sagrada o la sacralizada por el poder que da el mando no piden más historiadores, sino creyentes y adoradores).

I. La hechura del historiador

Si el camino natural de toda investigación es el que va de lo mejor conocido o de lo menos mal conocido, a lo más oscuro, difícilmente un maestro podrá dar hechura a otro historiador, si antes no logra convencerlo de que el conocimiento del presente es directamente más importante todavía que la comprensión del pasado, según el método prudentemente regresivo que aconsejaba Marc Bloch.² No sólo porque los enfoques sobre el pasado están en función de las necesidades variables del presente,³ o porque toda labor historiográfica es la trasposición del patrimonio del pasado al lenguaje contemporáneo en cada época y porque la cultura se enriquece en la medida en que consigue descifrar nuevas páginas del pasado;⁴ sino, sobre todo, porque constantemente están surgiendo nuevos efectos de acontecimientos del pasado que habían escapado a los contemporáneos. Marx enseñó que sólo la etapa superior del desarrollo de un fragmento dado de la realidad, al revelar los efectos de los acontecimientos pasados, permite comprender y valorar de modo correcto dichos acontecimientos; y J. H. Randall desarrolló la idea de que los nuevos efectos de los sucesos pasados cambian la significación del pasado; pues la historia devenida sólo se puede comprender a la luz de todos sus efectos comprobados y aceptados.⁵

Quizás para un historiador en ciernes, ansioso de puntos firmes dónde anclarse, estos comentarios le parecerán vertiginosos; pero a su lado estará el maestro para hacerle entender que la certidumbre y el universalismo no son

2. Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987. (Breviarios, 64), pp. 39-40.

3. Schaff, Adam. *Historia y verdad*. México, Editorial Grijalbo, 1974. (Colección Enlace), pp. 236-237.

4. Kula, Witold. *Reflexiones sobre la historia*. México, Ediciones de Cultura Popular, 1984, pp. 88-89.

5. Citados en: *Ibidem*, pp. 328, 332.

más que una cuestión de grados; al igual que Marc Bloch, quien quería que entre los historiadores de profesión, los jóvenes sobre todo, se habituaran a reflexionar sobre estas vacilaciones, sobre estos perpetuos “arrepentimientos” de nuestro oficio.⁶

Asimismo, en ese tránsito del presente al pasado, más que la fe monástica y monística en el método y en la formulación de modelos, tendrá mayor valor el cultivo de la imaginación que, en medio de su indefinición, pide del aspirante a historiador una cierta sensibilidad a los matices, remolinos, extravagancias, sombras y rarezas del pasado, que le impondrán el ejercicio de diferentes técnicas y aun diferentes sistemas. El alumno ha de lograr revestir esa imaginación con un estilo terso, enjoyado de un pensamiento refinado y un léxico apropiado y libre de los bárbaros excesos de la jerga científica, como lo imponía Lewis Perry Curtis, maestro de taller de historiadores.⁷ Que no crea que al aventurarse como clionauta, debe empezar echando por la borda toda la parte de poesía que, a partir de los griegos, ha ganado nuestro oficio; pues sería una formidable tontería, según lo apuntó Marc Bloch, pensar que por tan poderoso atractivo sobre la sensibilidad, la historia vaya a ser menos capaz de satisfacer también nuestra inteligencia.⁸

Pero por más poeta que queramos al historiador, no dejemos que se hunda en el pasado, si no cuenta con el instinto del oficio que lo que menos pide es un intelecto sintonizado en la frecuencia de onda histórica apropiada; que no le falten las antenas con que captar la más leve señal del pasado y que valen más, a la larga, que casi todos los modelos constituidos por expertos en ciencias sociales de mentalidad a-histórica y, en ocasiones, anti-histórica.⁹

Asimismo, una buena dosis de empatía, unida a una laboriosa reconstrucción histórica y a una serie de saltos imaginativos, le facilitará al historiador el poder superar la brecha que con frecuencia puede hallar entre su propio condicionamiento cultural y sus expectativas, y los de sus personajes. Eso no dispensará al maestro de sondear si el estudiante se está

6. Bloch, Marc. *Op. Cit.*, p. 19.

7. Curtis, Lewis P. “De las imágenes y la imaginación en la historia”, en: *El taller del historiador*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, pp. 293, 294.

8. Bloch, Marc. *Op. Cit.*, p. 12.

9. Curtis, Lewis P. *Op. Cit.*, p. 294.

mimetizando con el objeto de estudio o está utilizando el pasado como una pantalla de proyección, cuando hay que hacerle entender que el oficio del historiador impone un compromiso con el pensamiento general, antes que con algún conjunto dado de ideas, que tiene que dedicarse a la disección y entendimiento de las instituciones, antes que a su perpetuación o alteración, y que debe comprender el pasado, antes que arrogarse la tarea de mantener vivos sus valores.¹⁰

Sin aspirar a situarse en la enrarecida atmósfera de una decantada imparcialidad, según la cual el historiador, debería superar toda influencia o determinación derivadas de su mundo y clase socio-cultural, el maestro ha de reconocer que hay ciertos espíritus tan permeados de ambientalismo, que hasta la interacción de arquitectura, medio ambiente y personalidad institucional, les dificultan no identificarse con individuos, grupos y organismos de su estudio.¹¹ Pero si reflexiona sobre las carreras de sus predecesores, compañeros y alumnos, tendrá que reconocer, honestamente, que no fueron los requisitos socio-culturales los que depararon el éxito profesional de unos más que de otros; que lo decisivo ante ese éxito no fueron las condiciones de marginalidad o asimilación sociales en sí, sino el modo en que esas condiciones actuaron sobre el historiador y la manera en que éste o aquel reaccionaron frente a ellas. Inclusive, por más compenetración que se dé entre maestro y alumno, la labor de entrambos demostrará que llegar a ser un historiador sensible y agudo es sólo el coronamiento de un arduo proceso individual.¹²

Henri-Irénée Marrou imponía al historiador la necesidad de autocontrol y reencauzamiento ascético y de silenciar sus pasiones, para ponerse en las mejores condiciones para ver y escuchar, para comprender y, muy socráticamente, para no ser víctima de sí mismo¹³ y, podríamos añadir, ni victimario del pasado y sus lectores; pues de alguna manera el historiador, como todo intelectual, funciona como portavoz de la universalidad y la objetividad y, en fuerza de sus limitaciones, ha de reconocer que la historia

-
10. Levine, Lawrence W. "El historiador y la brecha de la cultura", en: *El taller del historiador...*, pp. 323, 328.
 11. Curtis, Lewis P. *Op. Cit.*, pp. 267-268 y 278.
 12. Levine, Lawrence W. *Op. Cit.*, p. 330.
 13. Marrou, Henri-Irénée. *Del conocimiento histórico*. Buenos Aires, Per Abbat Editora, 1975, pp. 156- 157.
-

es un dominio en el que se despliega la creatividad de todos, hombres y mujeres, sabios y analfabetas, de una humanidad en la que él mismo no es sino un átomo,¹⁴ y a la que sirve de intermediario entre el presente y el pasado.

La cuestión de la hechura del historiador queda vitalmente injertada en el tema troncal de la labor histórica: las relaciones entre presente y pasado. El presente, tanto como resultado del pasado, como punto de partida hacia él. El pasado, tanto como condicionador del presente, como fuente de reflexión e inspiración de encauzamiento del futuro. Es misión del maestro hacer que el aprendiz de historiador no entienda por historia únicamente la historia hecha, sino también la historia que se está haciendo y la historia por hacer. Al respecto, es muy oportuna y sugerente la reflexión de Cornelius Castoriadis. Dice él en un artículo recientemente publicado: “nos situamos en relación con lo que es, lo que podrá o debe y aun de lo que ha sido, como actores críticos. No podemos cambiar lo que ha sido, pero sí podemos cambiar la mirada sobre lo que ha sido; una mirada que es ingrediente esencial (aun si a menudo no es consciente) de las actitudes presentes”.¹⁵

El autor no confiere ningún privilegio filosófico a la realidad histórica pasada y presente. Pasado y presente no son otra cosa que masas de hechos brutos (o materiales empíricos) que han sido reavalados críticamente por nosotros; pero dado que somos el aval de ese pasado y, por lo mismo, ha podido entrar en los presupuestos de lo que pensamos y de lo que somos, ese pasado adquiere una especie de importancia trascendental, pues su conocimiento y su crítica forman parte de nuestra autorreflexión.

Esta idea de que el pasado, así como en los objetos materiales y en las relaciones establecidas por el hombre en la sociedad y en la naturaleza, también lo podemos tener presente ante nuestra conciencia, debe impulsar a maestros y alumnos a poner de manifiesto la relatividad del presente por el conocimiento de otras épocas, así como a entrever la relatividad de la historia efectiva por la reflexión sobre otras historias que han sido efectivamente posibles sin haber sido realizadas.¹⁶

14. Castoriadis, Cornelius. “Los intelectuales y la historia”, en: *Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*. México, mayo, 1991, p. 10.

15. *Ibidem*, p. 6.

16. *Ibidem*, pp. 6-7.

Además de ser troncales en el trabajo historiográfico las relaciones entre el presente y el pasado, para la hechura del historiador, educativamente, son radicales, porque son de aquellos pocos pero sólidos recursos que tiene nuestra profesión para darle firmeza y vitalidad a nuestra vocación. Si, según la razón de Castoriadis, logramos que el alumno se percate de que no hay *ningún privilegio de la realidad*, ni filosófico ni normativo; de que el pasado no puede valer más que el presente y de que éste no es modelo sino materia, habremos logrado, cuando se zambulla en el pasado a través de textos y documentos, que no venere la historia pasada del mundo como si estuviera de alguna manera sacralizada por el simple hecho de que esa historia ha descartado otras historias efectivamente posibles, cuando más bien, pudiera ser que estuviera maldecida.

Cuando de la lectura del pasado, él deduzca que otras muchas historias pudieron realizarse y que encuentre por qué motivos y causas, no siempre las más santas y humanitarias, quedaron descartados tantos otros ideales, intentos, esfuerzos, aspiraciones, movimientos, descubrirá y comprobará por su cuenta que el pasado no muere ni tiene menores prerrogativas que el presente, que las virtualidades y posibilidades enterradas en otros tiempos y lugares pueden retoñar para reencauzar los efectos de ese pasado sobre el futuro.

Cuando por sí mismo llegue a convencerse de que esas historias “descartadas” tienen tanta importancia para el espíritu del hombre contemporáneo y de que, tal vez, encierran más valor para nuestras actitudes prácticas que la historia “real”,¹⁷ entonces, y eso puede suceder en cualquier momento de su carrera, sólo entonces el maestro se habrá coronado de verdadero éxito, porque habrá dado hechura a un historiador de veras, no a un creyente o a un adorador de pasados e historias sacralizadas, de regímenes culturas sacralizadas, de normas e instituciones sacralizadas, de personas e ideas sacralizadas, de clases y naciones sacralizadas.

El se hará un historiador que prolongue la misión creadora de revisar, de criticar, de reinterpretar la historia. La reconstrucción que ese joven historiador haga del pasado no será la de un *dilettante* escapista, sino la de

17. *Ibidem*, p. 10.

un hombre comprometido con la problemática y las expectativas de su tiempo. Sabrá descubrir la savia vital tanto de la historia “real”, esa que alguien pretendió momificar y sacralizar con el marbete de “la que realmente pasó”, como de la historia “descartada” cuyos impulsos pudieron y, de contar con los medios de acción política y convencimiento apropiados, también podrían reinfluir en la evolución de la sociedad y en la historia por hacer.¹⁸

II. La formación del historiador

Pero al lado de la naturaleza y configuración de quien se hace historiador, es indispensable la formación académica a cargo del profesor y la escuela. Pretendo en esta segunda parte presentar unas cuantas reflexiones sobre ciertas oportunidades que se le ofrecen al profesor como educador y formador del historiador en el ejercicio y trato cotidiano con el alumno; es decir, de cómo de la lección, la asesoría o la simple plática informal sobre asuntos escolares puede pasar a formar el criterio profesional del alumno.

Comenzaré por el caso de la composición de un relato o narración con la que, comúnmente, echamos al agua al aprendiz de historiador, y gracias al cual el profesor tiene la oportunidad de hacerle reflexionar acerca de la distancia que media entre lo vivido y lo narrado y del hecho de que el relato que surge de la pluma del historiador no es lo que vivieron los protagonistas. El hacerle entender que la historia es sólo una narración, un relato de acontecimientos, le permitirá en adelante eliminar algunos falsos problemas,¹⁹ como los derivados de todas las conceptualizaciones substancialistas de la historia, y hacerle consciente de los límites del oficio y del historiador.

Las cuestiones de la definición del objeto de la historia, de su historia, y de la exploración y manejo de las fuentes, de sus fuentes, dan pie para hacerle reconocer, según consejo de Lucien Febvre, que no ha de interesarse por ningún tipo de hombre abstracto, eterno, inmutable en su fondo y

18. *Ibidem*, p. 7.

19. Veyne, Paul. *Cómo se escribe la historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1984, (Alianza Universidad, 404) p. 14.

perpetuamente idéntico a sí mismo, sino por hombres comprendidos en el marco de las sociedades de que son miembros. Si, además, se da la feliz coincidencia de que el historiador viva y conozca la región donde, tiempo atrás, se produjeron los acontecimientos que él estudia, la concretez y empatía concurrirán a una historia más vital y directa.

La historia es ciencia del hombre y de los hechos *humanos*, antes de serlo de un fragmento de su vida o actividad, como la economía, la política o el arte, etcétera;²⁰ por eso ha de buscar a los hombres que han vivido los hechos y a los que, más tarde, se alojaron en ellos para interpretarlos, conforme a los *textos*, que hay que tener y entender como *textos humanos*; pero *todos los textos* y no solamente los documentos de archivo en favor de los cuales se ha creado un privilegio, sino *todos los documentos*, sea cual fuere su naturaleza: los que hace tiempo que se utilizan y, sobre todo, aquellos que proporcionan el feliz esfuerzo de las nuevas disciplinas como la estadística, la demografía, la lingüística, la psicología,²¹ de modo que no vaya a terminar conociendo todo de casi nada o, como el conejo, el lobo o el lémur, cayendo en las manías del imperativo territorial y en la defensa compulsiva de un pretendido derecho de propiedad sobre las fronteras de sus archivos y temas o en el hostigamiento contra quienes se aventuren *en el campo* de su especialización.²²

El momento de plantear el problema y formular la hipótesis, que son, precisamente, el comienzo y el final de toda historia, es de los más decisivos para hacer del estudiante un traperero o un historiador. El profesor hará entender al estudiante que no hay los hechos que se entregan, fabricados por una Providencia, para que él los registre. Ninguna Providencia proporciona al historiador hechos dotados de una existencia real perfectamente definida, simple, irreductible. Es el historiador quien da a luz los *hechos históricos*, incluso los más humildes. El historiador no puede presentar a los hombres una colección de hechos aislados; debe organizarlos, estructurarlos, explicar-

20. Febvre, Lucien. *Combates por la historia*. Barcelona, Editorial Ariel, 1974, (Ariel Quincenal No. 35), pp. 40-41.

21. *Ibidem*, pp. 29-30.

22. Curtis, Lewis P. *Op. Cit.*, pp. 271-272.

los.²³ Sin ese convencimiento, ningún historiador podrá reconstruir la historia, pues en los datos que recabe no acertará a descubrir vestigios sino que venerará acontecimientos sacralizados por el embalsamamiento de los documentos y las instituciones que los generaron y coleccionaron. Será el trapero que sale a ver qué recoge, y no el historiador que levanta el vuelo desde el crepúsculo, desde la sombra de los acontecimientos devenidos.

Respecto al método de trabajo, todo buen maestro, como Luis González, hará bien en descreer en que existe un método histórico tan visible y expedito como una supercarretera y en que se podría resucitar el pasado mediante una minuciosa conciencia y un seguimiento fanático de sus pasos. Con toda sinceridad y seriedad así nos lo enseña él: “Ahora me inclino a creer que la historia carece de un método unívoco. Los historiadores son personas que hacen cosas muy distintas de maneras muy diferentes.

Llegan a donde van por muchos caminos. Un maestro no puede enseñar plenamente ninguna de las veredas y ningún discípulo podrá seguirla sin dudas, tropezones y aun caídas”.²⁴

El método es el medio, no el fin al que se aferran, en esta época de tantos académicos conductistas, funcionalistas, estructuralistas, interaccionistas y computeristas, algunos historiadores, con una inflexibilidad o una ferocidad que a menudo encubre alguna oculta inseguridad.²⁵

Técnicas deberá haber, y entre más sencillas, mejor. Técnicas que faciliten el manejo, comprensión y justa valoración de textos y documentos; no que fomenten la adoración de los mismos. Tantos universitarios siempre agradeceremos y recetaremos más adelante aquellos apuntes y aquel ejercicio preparados por el maestro Juan Antonio Ortega y Medina, relativos al análisis de un interesante documento sobre el *Jeu de Paume*.

Tantas cosas más quisiéramos proponer para nuestros alumnos; pero quizá ningunas mejores que las que se desprenden del perfil que el mismo maestro Luis González definió para los alumnos de la Maestría en Historia que, allá por 1979, se esperaba llegaran convocados a El Colegio de

23. Febvre, Lucien. *Op. Cit.*, pp. 43-44.

24. González, Luis. *El oficio de historiar*. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, p. 14.

25. Curtis, Lewis P. *Op. Cit.*, p. 293.

Michoacán: “En estos tiempos todo historiador cabal necesita saber concebir proyectos en estudio, organizar programas, recoger informaciones en archivos, bibliotecas, sitios arqueológicos, supervivencias culturales y dichos de la gente, reunir y clasificar notas, emprender diversas y arduas operaciones críticas y herméuticas, encontrar causas y levantar estructuras”.²⁶

No cabe duda que un alumno tal, con alientos y tamaños para recrear la historia, provisto de una metodología no tanto singular cuando adecuada, con un espíritu libre y que sepa aprovechar el rico fondo de sus vivencias personales y la documentación ofrecida por el ambiente donde vive, será quien mejor podrá tributar a sus maestros el mismo honor que para sí un día pidió Lucien Febvre: “En la historia sólo vio la historia, nada más... En su magisterio no sometió a los espíritus porque no tuvo sistemas; en cambio se preocupó por las ideas y las teorías; por las ideas, porque las ciencias sólo avanzan gracias a la potencia creadora y original del pensamiento; por las teorías porque sabemos perfectamente que nunca abarcan la infinita complejidad de los fenómenos naturales”.²⁷

Ese alumno, al dejar las aulas y asumir el compromiso de convertir su vida en la mejor prueba de la estimulante distinción que debe existir entre el acto de profesar la historia y el interminable proceso de hacerse historiador,²⁸ también merecerá el elogio que para todo buen historiador cinceló Luciano de Samosata: “Fue un hombre independiente, lleno de franqueza, sin adulación ni servilismo y la pura verdad en todo”.²⁹

Si hacia esas alturas maestros y alumnos encamináramos los afanes de nuestras actividades de docencia e investigación, no habrá transcurrido sin fruto esta reunión de trabajo sobre *La Formación del Historiador*; de lo contrario, sólo habremos hecho rodar nuestra tinaja colina abajo.

26. González, Luis. “La enseñanza de la historia en El Colegio de Michoacán”, en: *Boletín de El Colegio de Michoacán*. Núm. 2, abril-junio 1979, p. 19.

27. Febvre Lucien, *Op. Cit.*, pp. 34-35.

28. Curtis, Lewis P. *Op. Cit.*, p. 263.

29. Samosata, Luciano de. *Op. Cit.*, pp. 240-241.